

UNA HIPOTESIS DE TRABAJO
SOBRE LA INVESTIGACION DE LA OPINION
PUBLICA
EN SOCIEDADES URBANAS AMERICANAS

El Seminario de la Cátedra de Historia Contemporánea de América viene trabajando, hace aproximadamente cinco años, en torno a un tema de investigación que se considera de importancia sobresaliente por muchos motivos, pero sobre todo, porque los componentes del equipo de investigación puedan comprender, con plenitud, cuáles son las «fuerzas profundas» que actúan en procesos históricos de índole comunitario y, por supuesto, en todos aquellos que se promueven como consecuencia de una acción individual. Este tema de investigación fue propuesto por mí a los alumnos de quinto curso de la especialidad de Historia de América, como tema central de investigación de Seminario y me lo sugirió el análisis de la importante Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, constituida por cincuenta y tres volúmenes, publicados por dicha institución en Caracas (1959-1962) con motivo del Sesquicentenario de la Independencia. Me fijaba yo, de un modo especial, en la importancia que tan decisiva colección documental e historiográfica ofrecía para el conocimiento en profundidad tanto de la *situación* (es decir, en el criterio de X. Zubiri, el modo como el hombre está en el tiempo en relación con su experiencia), como del *ambiente* que produjo —y en el cual se desarrolló— el movimiento de la independencia venezolana, que ha sido recientemente estudiado por Miguel Izard en un libro en el que se contraponen título y subtítulo (*El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela, 1777-1830*) en el campo de la historia de las ideas, desentendiéndose

del contenido, que es de historia económica. Precisamente, la necesaria contraposición entre «situación» y «ambiente» es lo que me llevó a la formulación de una tesis para plantear a mis alumnos el propósito de proceder al descubrimiento de un estado de opinión comunitario, que se produce en un ámbito urbano: el de la ciudad de Caracas, pero sin que pueda desvincularse de una importante zona de producción, que son los Valles del interior, y de un puerto de salida comercial al exterior, que es La Guayra.

Aparte de algunos instrumentos de trabajo fundamentales (como, p. e., el recopilado por G. Berger: *L'Opinion publique*, Paris, 1957) que sistematizan los contenidos y objetivos de esta tendencia, lo frecuente es pensar que se trata de «periodismo», «prensa», etc. En realidad, el término es muy difícil verlo utilizado por historiadores, a no ser por los muy recientes especialistas de «historia de las relaciones internacionales» (p. e., P. Renouvin y J. B. Duroselle: *Introduction a l'histoire des relations internationales*), aunque consideran la opinión pública como reflejo de las condiciones demográficas, de los intereses económicos, especialmente comerciales o financieros, y las tendencias de la psicología colectiva. Estos autores llevan a efecto la novedad de considerar importante la interacción hombre de Estado-fuerzas profundas; fuerzas profundas-hombre de Estado, en el terreno, siempre vivo e importante, de las decisiones. Con ello crean los límites de un importante sector de la historia política, aunque quizá excesivamente vinculado a los resultados ofrecidos por la sociología en el terreno de la opinión pública, en relación con los llamados «sondeos» de opinión que, como es sabido, adquiere un perfil en exceso proclive a la propaganda.

Para la historia contemporánea de Iberoamérica, reviste una enorme importancia el conocimiento más profundo posible de los cimientos característicos de una actitud comunitaria. Y sin duda —de modo especial por su larga y tensa proyección intelectual hasta el momento presente— parecía importante plantearse en la línea de la *independencia*, auténtica objetividad espiritual caracterizadora del más profundo modo de ser de las nacionalidades hispanoamericanas. Hasta el momento, en torno a tal cuestión, resulta abrumadora la publicación ci-

clópea de obras e investigaciones centradas sobre las grandes personalidades. Muy escasas, por el contrario, las que han llamado la atención acerca de la *coherencia social* de una comunidad, en cuya actitud coincidente debe explicarse, en todo caso, las realizaciones de las grandes personalidades. Resulta absolutamente necesario para el historiador —y de modo especial y preeminente al historiador de América— estar en disposición de establecer el depósito de *experiencias* (políticas, sociales, económicas, intelectuales, etc.), sobre las cuales se instrumentan operativamente las *posibilidades* que, desde la exigencia latente, produjo la acción histórica, una vez que se tomase la *decisión* promotora. Esa riquísima experiencia comunitaria es interna, hablando en términos culturales, ya que el nivel de operatividad de las «fuerzas profundas» (presiones directas, indirectas, ambiente y presión social), se produce dentro de unos límites constituidos, culturalmente, sobre coordenadas y planteamientos tradicionales estructurales, es decir, de enorme resistencia al tiempo y a las influencias externas proclives al cambio.

Afinando más el objetivo crítico, dentro de la historia contemporánea de América, resulta decisivo el conocimiento de los niveles de opinión pública comunitarios en las sociedades urbanas, en las cuales se gestó el movimiento de la independencia. Para ello hubo que plantearse la cuestión en profundidad, pues conocer una sociedad implica necesariamente un serio estudio estadístico, mediante la utilización de fuentes extremadamente precisas, generalmente de origen fiscal, máxime al tratarse de sociedades hispanoamericanas, sobre las cuales las tendencias del «poder» se habían concentrado en exacciones de índole fiscal, originando actitudes muy fuertes de elusión de las mismas. Pero, en todo caso, no consiste únicamente en «contar y medir», como pide la escuela cuantitativa (de modo especial Jean Marczowsky), también es necesario *agrupar* con objeto de establecer «coherencias» y «mentalidades». De esta necesidad se ha derivado una especie de maniqueísmo histórico —división clasificatoria, al modo de las ciencias naturales— que, por ejemplo, ha permitido el tremendo dislate de establecer «a priori» el antagonismo entre los «privilegiados» hostiles a la revolución, respecto a los «no privilegiados» partidarios de la misma. La historia social es, de

suyo, la historia de las relaciones sectoriales, que debe establecerse con criterios económicos, pero también psicológicos, culturales, intelectuales y espirituales. La jerarquización social dominada por criterios básicamente económicos (como pueden ser, por ejemplo, escalas de fortuna y rentas) ha sido la aportación de los marxistas, que ha sido importante, pero de ningún modo exclusiva, ni mucho menos suficiente. Actualmente se tienen en cuenta, por lo menos, cuatro criterios:

- el *orden*, es decir, grupos sociales casi definidos jurídicamente, que existen y permanecen en sociedades de fuerte tradición.
- el *poder*, o parte de potencialidad real política y administrativa que puedan ostentar individuos o grupos de pertenencia a un determinado sector social.
- la *situación económica*, o importancia de la naturaleza de los bienes poseídos, o recursos, etc.
- el *estatus personal*, o lugar que el individuo ocupa en la escala social.

Por otra parte, en el campo de la sociología política (Durverger, Merton, Bell) ha quedado establecido el triple nivel, cuyo conjunto, a través de las peculiares relaciones interaccionales, proporciona los matices típicos de una sociedad, en lo que se refiere a actitudes y mentalidades políticas: «poder» (ejercicio), «instituciones» (intereses), «opinión pública» (participación/oposición). Pero existe, históricamente, una cuádruple tendencia dinámica que resulta imprescindible tener en cuenta:

- el proceso de *permanencia y cambio* que pueda ocurrir en cada uno de esos niveles, en espacios temporales cortos, medios o largos, con objeto, sobre todo, de poder establecer las tendencias a la peculiarización que se pueda producir en el indicado nivel.
- el proceso de relación en vertical y el grado de intensidad participativo de cada nivel con los otros.
- coordinación o disonancia entre los tres niveles.
- *disonancia o falta de acomodamiento* entre todos los componentes del conjunto.

Resulta, pues, fundamental, conocer cómo ha sido la secuencia histórica que, en los tres citados niveles, ha conducido a la comunicación efectiva de los niveles de la «opinión pública» con el nivel del «poder», lo cual se ha producido a través de las «instituciones». En el caso específico de Caracas, ello ha sido posible a través de una hipótesis de trabajo, que radica en el establecimiento de la comprobación de la aproximación del nivel del *poder* respecto el de la *opinión pública* a través de la creación de las *instituciones* promotoras de tal capilaridad. La hipótesis encierra otra posibilidad, consistente en la aplicación del mismo supuesto a otros ámbitos urbanos, pues, como es sabido, el fenómeno de la emancipación-independencia se desarrolla —al menos en su primera fase— en núcleos urbanos y teniendo como agentes promotores e impulsores minorías sociales de asentamiento urbano.

Pues bien, el proceso institucionalizador operado por el reformismo nacionalista español en la región de Caracas, presenta una secuencia de diecisiete años, partiendo, prácticamente, de nada:

- Real Intendencia de Ejército y Hacienda de Caracas (R. C. del 8 de diciembre de 1776).
- Capitanía General de Venezuela (R. C. del 8 de septiembre de 1777).
- Real Audiencia de Caracas (R. C. del 31 de julio de 1786).
- Real Consulado de Comercio de Caracas (R. C. del 3 de junio de 1793).

Estas instituciones —junto con las que podríamos denominar potenciales, como son la Universidad, el Cabildo metropolitano— son los cauces conductores de la opinión pública, hasta ofrecer la cristalización (2 de marzo de 1811) de un Congreso que proclama la independencia y, prácticamente, asume el poder. Este círculo político, tuvo su posibilidad, precisamente, a través de la madurez de la opinión pública, canalizada a través de las instituciones. Y ello se verificó, específicamente, a través de la caracterización del incremento de la «horizontalidad» de la opinión pública, lo cual ha sido justamente descu-

bierto, o se encuentra en vías de investigación, en la sociedad urbana de Caracas, por el equipo de colaboradores al cual me refería anteriormente. Simplemente debemos indicar que la hipótesis de trabajo ha podido ser comprobada en los niveles relativos a: sentimiento y opinión religiosa; opinión intelectual, comunitaria e individual; posturas individuales; nivel jurídico-institucional; prensa y, por último, Congreso.

Mario HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA